

# **PENSAMIENTO DEL MEDIODÍA**

## **DONDE LA INTELIGENCIA ES HERMANA DE LA DURA LUZ**

**Paola Delbosco**

*El pensar del mediodía es, para Camus, un antídoto contra toda forma de estéril abstracción racionalista. Efectivamente, la luz radiante del sol meridional delimita con claridad lo que existe, con todos sus colores, aromas y texturas. Cuando la realidad se presenta al pensamiento a través de los sentidos, allí está el ser humano concreto, y ya no es posible olvidar la naturaleza y disolverla en un dudoso devenir histórico, que en su lógico fluir termina justificando lo injustificable. En cambio, la luz mediterránea muestra la belleza que, como heraldo de la verdad, habla simultáneamente al cuerpo y al alma.*

Key words: racionalismo; realismo; rebelión; revolución; exilio; verdad; belleza.

### **1- La pensé du midi**

Albert Camus puede definirse como un pensador del hombre concreto, porque no se limita a comunicar con el lector a través de una inteligencia despojada de su corporeidad, sino que sus palabras, inclusive las más estrictamente filosóficas, hablan al ser humano completo: razón, sentidos, corazón.

Esta característica es la que hace tan fecundos sus textos, para los cuales el paso del tiempo, como para los buenos vinos, significa buen añejamiento y no pérdida de vigencia. Se puede decir que la presencia contundente de la realidad en todas sus facetas preserva del envejecimiento lo valioso de sus obras, y las eleva a patrimonio de lo humano. Quizás es justamente esta docilidad frente a la contundencia de lo real lo que impulsó a Camus a reconocer en el sol del mediodía, el sol mediterráneo, la metáfora perfecta de una filosofía inspirada en la realidad concreta, una filosofía que no olvida el anhelo humano de libertad, ni la necesidad de belleza, ni la dimensión dramática de la existencia.

Quizás la síntesis de su postura se encuentra en el fragmento 52-29 de Heráclito que Camus cita en *“El exilio de Elena”*<sup>1</sup>: *“El sol no rebasará sus límites; si lo hace, las Erinias, defensoras de la justicia, darán con él”*. Lo que está en juego es entonces la justicia misma de este mundo, garante de toda convivencia que pueda ser llamada plenamente humana. El hombre le niega al sol sus límites cuando ya no mira la realidad, cuando adormece sus sentidos y ceba su razón enloquecida con una autonomía ilimitada.

Las Erinias, guardianas de la justicia, frente a toda desmesura, hacen oír su voz: Europa está plagada de las huellas de esa prevaricación extrema del hombre contra el hombre que tuvo lugar en la primera mitad

---

<sup>1</sup> Albert Camus: Obras vol.III, *“El exilio de Elena”*, Madrid 1996, ed. Alianza, p.573 (escrito en 1948).

del s.XX. Millones de muertos, ciento de miles de heridos, mutilados, huérfanos desplazados, apóides han circulado por sus tierras en busca de una patria, pero donde el hombre deja de ser hermano no hay patria posible.

Como dice en otro texto, “*El secreto de Europa es que no ama más la vida*”<sup>2</sup>, en parte porque ya no mira la realidad concreta, piensa sin sentir, razona sin haber contemplado, proyecta sin trascender. Y la razón sin amarras parece infinitamente fecunda, pero no hace otra cosa que girar sobre sí misma, en la ilusión de un movimiento ascendente, que se presenta como un tifón con vida propia, y no es más que un muy eficiente instrumento de la nada.

Quizás se encuentre, en esta metáfora del pensamiento meridiano, una salida del atolladero filosófico y político que golpea también a este nuevo siglo con guerras, atentados, odios y dolorosos destierros.

Claramente, las obras genuinas mantienen su capacidad de decir verdades aún más allá del tiempo y la situación en que fueron creadas; por eso, pensando en la posibilidad de entender nuestro tiempo y sus extravíos, en este trabajo se analizarán algunos textos pertenecientes a distintas obras y fases de la producción de Camus, vista a la luz de lo que él mismo llamó *la pensée du midi*.

## ***2- El Mediterráneo en la obra de Albert Camus***

La sociología del conocimiento analiza, entre otros aspectos, las circunstancias que dan origen a un determinado pensamiento, dado que el pensar, por más que se eleve, eventualmente, más allá del momento y del lugar que lo ocasionaron, surge siempre en escenarios concretos. Las circunstancias económicas, culturales, sociales y también geográficas de un pensador son el marco en el cual se le aparece tanto la realidad como las imágenes que la describen.

Camus se dio cuenta tempranamente de esta condición del pensar, y reivindicó, contra las ideologías del absoluto, trituradoras de las personas en nombre de una absoluta justicia futura, el realismo del pensamiento del mediterráneo. Efectivamente, es bajo la luz radiante del sol meridional que delimita con claridad a los seres, que la realidad con sus precisos aromas y texturas llega al pensamiento a través de los sentidos. Bajo esa luz no es posible olvidar la naturaleza ni disolverla en un dudoso devenir histórico, que fatalmente, en su espiral dialéctica, termina justificando lo injustificable. El pensar del mediodía es un antídoto contra toda forma de estéril abstracción; por eso elige a la belleza como heraldo de la verdad, porque es a la vez concreta y sublime, así que habla simultáneamente al cuerpo y al alma.

Dice Franco Cassano (1996): “*Il pensiero non é indipendente dal mondo in cui nasce, dalla luce e dalle ombre che trova, e il pensiero meridiano é quello che ha conosciuto il sole che si interseca al mare, l’amore per la bellezza, la forza e la sofferenza degli eroi, il loro essere insieme sfida al cosmo e parte di esso.*”<sup>3</sup>

---

<sup>2</sup> Albert Camus: “*El hombre rebelde*”, Buenos Aires 2003 (1951), ed. Losada, p. 358.

<sup>3</sup> Franco Cassano: *Il pensiero meridiano*, Bari 1996, ed. Laterza, p.91: “El pensamiento no es independiente del mundo en el que nace, de la luz y de las sombras que encuentra, y el pensamiento meridiano es aquel que ha conocido el sol que interseca al mar, el amor por la belleza, la fuerza y el sufrimiento de los héroes, y el hecho de ser de éstos al mismo tiempo desafío al cosmos y parte de él.” .

No sorprende que esta notable resonancia del pensamiento camusiano se dé en Franco Cassano, un pensador también mediterráneo, también encandilado por el sol que se refleja en el mar, por esas luces netas y esas sombras definitivas, que son a la vez límite y contención. Sin embargo, no hay que pensar que el deslumbramiento por la belleza y la claridad de las líneas den una versión edulcorada de la existencia humana, al contrario, esa luz parece poner en evidencia todos los aspectos de su naturaleza, inclusive los más oscuros. Dice Camus:

*“El Mediterráneo tiene un sentido trágico solar, y no es el mismo que el de las brumas. Ciertos atardeceres —en el mar, al pie de las montañas—, cae la noche sobre la curva perfecta de una pequeña bahía y, desde las aguas silenciosas, sube entonces una plenitud angustiada. En esos lugares se puede comprender que si los griegos han tocado la desesperación ha sido siempre a través de la belleza y de lo que tiene de opresivo”<sup>4</sup>*

Este revelador texto de *“El exilio de Elena”* (1948) ya contiene el deslumbramiento propio del que vuelve del exilio y se reencuentra con el escenario que vio nacer sus primeras experiencias -seguramente las que fundan sus metáforas- y entiende, en ese mismo hecho de volver, que ha estado afuera, exiliado, en donde no pertenecía.

El exilio es también una imagen recurrente en los textos de Camus, tanto que finalmente lo propone como una categoría de la existencia humana. Todos somos en cierto modo exiliados, experimentamos la no pertenencia, la no total adhesión a la realidad, aunque damos a esa vivencia explicaciones contrastantes. No deja de ser un hallazgo del autor proponernos el exilio como condición humana, que él ilustra a través de su propia historia personal, hecha de complicadas pertenencias. Un francés, con ancestros alsacianos y españoles, nacido en África y aceptado en Europa, no es alguien que encuentre para sí una fácil denominación. Es un mérito adicional que su obra refleje con intensidad sus raíces complejas, anticipando así un destino que quizás llegará a ser cada vez más frecuente en nuestro mundo actual. Si compartimos la vivencia del exilio, también experimentamos que hay ciertos lugares que nos impactan de una manera más primaria, con sus particulares colores y aromas, y logran retrotraernos a lo que siempre nos parecerá el lugar de pertenencia, quizás más un tiempo que un lugar. Esto es lo que le pasa a Camus en su vuelta a Argelia, después de largos años de permanencia en París y en Europa, antes de la guerra y después.

Ese retorno es un retorno físico, por el impacto de la luz, el mar, el sol, los aromas intensos; pero también un retorno metafísico, un verdadero reencuentro con lo más profundo de su ser, un reencuentro con una belleza añorada, aun sin saberlo, tanto que se podría decir que la añoranza se despierta en el mismo momento del encuentro. En Argelia el día deslumbrante de sol, pero también la suntuosa noche, son el escenario inicial de la vida y del pensamiento de Camus, pero él debía haberse ido y haber vuelto para descubrirlo.

Argelia, recobrada y reconocida en sus esplendores naturales y sus calles polvorientas, finalmente se le manifiesta como la patria: *“Por lo que se refiere a Argelia, siempre he tenido miedo de pulsar esa cuerda*

---

<sup>4</sup> Albert Camus: Obras vol.III, *“El exilio de Elena”*, Madrid 1996, ed. Alianza, p.573.

*interior que le corresponde en mí y cuyo canto ciego y grave conozco. Pero al menos puedo decir que es mi verdadera patria.”*<sup>5</sup>

Ese retorno del exilio, un exilio no forzado por otros, sino solo comprendido como tal cuando Camus vuelve a conectarse con lo propio, es lo que le permite finalmente entender y aceptar esa tierra, con sus encantos y sus contradicciones, como si se tratara de una vieja amistad entrañable. Lo que ve, lo que huele, lo que oye son privilegiadas puertas de acceso a las experiencias fundantes, que el cielo y el mar, el día y la noche, las hierbas aromáticas y los almendros despiertan de nuevo en él.

### ***3- Del sol abrasador a las bodas con el mundo***

Por eso entendemos por qué la luz perentoria del mediodía no siempre tuvo en Albert Camus esa interpretación positiva. Recordemos como el asesinato del árabe en *El extranjero* (1942) parece ser consecuencia de un impulso que el terrible sol de la orilla desencadena en Meursault, el sol inmóvil del mediodía, en el momento en que el día parecía que *“había echado el ancla en un océano de metal hirviente”*<sup>6</sup>. No es un entorno natural amigable, que favorece el encuentro entre las personas, sino una exposición impiadosa a fuerzas sobrehumanas que deciden nuestro destino, aun contra nuestra voluntad:

*“Todo aquel calor pesaba sobre mí y se oponía a mi avance. Y cada vez que sentía el poderoso soplo cálido sobre el rostro, apretaba los dientes, cerraba los puños en los bolsillos del pantalón, me ponía tenso todo entero para vencer al sol y a la opaca embriaguez que se derramaba sobre mí. Las mandíbulas se me crispaban ante cada espada de luz surgida de la arena.”*<sup>7</sup>

El sol de la playa es un arma mortal, que reduce la posibilidad de decidir, y deja al ser humano presa de una violencia invisible e invencible. Poco tiempo antes, todo el recorrido de Meursault hacia el cementerio, en ese penoso acompañamiento del féretro de su madre, parece no haber sido otra cosa que el resignado sometimiento de los hombres al impiadoso impacto del sol. Ese sol que está siempre presente en las descripciones que Camus hace de las ciudades de Argelia, como factor clave del innegable esplendor de la naturaleza -aunque Orán, por inexplicables razones, parece haberse construido de espaldas al mar- pero también como testigo de la mezcla de esencias, propia de su historia: fenicios, árabes, españoles, italianos. De retorno de su exilio, finalmente Camus puede entender el sol de Argelia.

Fue necesario que Camus reconociera el aroma de las hierbas mediterráneas, que a cada paso sueltan sus perfumes y agitan recuerdos. Fue necesario que él apreciara de nuevo los colores netos, los límites de las bahías, de las piedras ardientes, de las montañas dormidas en el sol. La reflexión brotó como un reencuentro con la realidad contundente de la naturaleza, eficaz antídoto al espejismo de un pensamiento autónomo, que es hijo de la razón pura, prematuramente liberada de todo anclaje corpóreo. Una razón que no siente, no huele, no ve, pero sí gira alrededor de sí misma, fagocitando a lo otro, cualquiera sea su definición, en un fluir infinito.

---

<sup>5</sup> Albert Camus: Obras vol.III, *“Pequeña guía para ciudades sin pasado”*, Madrid 1996, ed. Alianza, p.568 (escrito en 1947)

<sup>6</sup> Albert Camus :”*El extranjero*”, en Albert-camus-el-extranjero-pd. p.26.

<sup>7</sup> Albert Camus:”*El extranjero*” en Albert-camus-el-extranjero-pdf. ” p.25.

El efecto de este fluir histórico irrefrenable es la negación no solamente de la naturaleza como algo dado, sino también de la persona como sujeto libre: la historia no puede detenerse en su devenir, y los seres humanos son más que simples peones en el gestarse del progreso.

El pensamiento *du midi* es, en cambio, la luminosa y contundente desmentida al pensamiento de la Abend-land, la tierra del atardecer, donde el horizonte pierde sus límites en la indefinición de una luz declinante.

También Nietzsche comprendió la magia del sol mediterráneo, y se hizo admirador de la claridad; el mediodía es para él, como lo repite muchas veces en el Zaratustra, el momento *de la sombra más corta*, y también usa esa expresión en *“El ocaso de los ídolos”*, para indicar el momento en el que se sale de los errores<sup>8</sup>. En ese texto se menciona, en una breve pero sugestiva sintonía con el pensamiento de Camus, la idea del viejo sol que en Europa aparece debilitado por *“la neblina y el escepticismo”*<sup>9</sup>, en una expresión que podría tomarse como una toma de posición crítica. Sin embargo, esta intuición no le alcanza a Nietzsche para no caer en la confusión entre mar y océano, que Camus distingue muy bien gracias a la enseñanza de los griegos, por eso le resultará al primero imposible no terminar en el nihilismo. El océano y el desierto comparten la condición de ser metáfora de lo que no tiene límites, y parece no llevar a ningún lado. Desierto y océano son inmensos, atraen a fuerza de grandeza, pero su desmesura no es adecuada a nuestra necesidad de ver claro, de alimentarnos de la belleza, y de experimentar *“todo el feliz cansancio de un día de bodas con el mundo”*<sup>10</sup>.

Son justamente esas bodas con el mundo, que la luz del sol ilumina y que se adhiere a nuestro cuerpo de mil maneras, lo que nos salva de la desmesura estéril y destructiva, que ha producido ya dos guerras mundiales por la pretensión del hombre de disponer a su antojo de una realidad reducida a materia. Esa disponibilidad sin límites es aberrante y lo real, devenido en mero material de la voluntad de potencia, que es el centro de la misma razón, muestra su venganza en la destrucción sistemática de los hombres.

*“Por el contrario, nuestra Europa, lanzada a la conquista de la totalidad, es hija de la desmesura. Niega la belleza, del mismo modo que niega todo lo que no exalta. Y, aunque de diferentes maneras, no exalta más que una sola cosa: el futuro imperio de la razón. En su locura, hace retroceder los límites eternos y, enseguida, oscuras Erinias se abaten sobre ella y la desgarran”*<sup>11</sup>.

Ahora resulta claro que no hay que temer los límites, porque no frenan la libertad, sino que la potencian; el pensamiento que pretende quitar todo obstáculo a la voluntad no puede sino precipitarse en el nihilismo, frente al cual no hay defensa.

Hay que salir del nihilismo, y buscar la luz para reencontrarse humildemente con la realidad, como nos han enseñado los griegos, inclusive en su dimensión trágica:

---

<sup>8</sup> Friedrich Nietzsche: *“El ocaso de los ídolos”*, Buenos Aires 1991, ed. Siglo XX, “Historia de un error” pp.28-29 (1888).

<sup>9</sup> Ibid..

<sup>10</sup> Albert Camus: *Bodas en Tipasa* p. 3 en:

[http://www.inicia.es/de/diego\\_reina/contempo/jpsartre/camus\\_bodas.htm](http://www.inicia.es/de/diego_reina/contempo/jpsartre/camus_bodas.htm)

<sup>11</sup> Albert Camus: Obras vol.III, *“El exilio de Elena”* en: *“El verano”*, Madrid 1996, ed. Alianza, p.573 .

*“En lo más negro de nuestro nihilismo, he buscado tan sólo razones para superar ese nihilismo. Y en absoluto por virtud, ni por una rara elevación del alma, sino por fidelidad instintiva a una luz en la que he nacido y en la que desde hace miles de años los hombres han aprendido a saludar la vida hasta en el sufrimiento.”*<sup>12</sup>

Quizás sea justamente el amor a la vida, el *amor terrae*, el punto de contacto entre Camus y Nietzsche, dos inteligencias capaces de amar el presente en tiempos propensos a la abstracción. Sus dos caminos, sin embargo, los iban a llevar en direcciones en cierto modo opuestas. La clave para entender qué pasó con cada uno puede encontrarse en la filosofía griega, que es para Nietzsche el principio del error, y es en cambio, para Camus, la salida.

#### **4- Realismo y rebelión**

Cuando no se corrige el vértigo desmedido del pensamiento, éste se transforma inevitablemente en solipsismo, que deviene en totalitarismo político, justificando toda destrucción a su paso, en su avanzar hacia una forma abstracta de ideal, sobre cuyo altar ningún sacrificio es suficiente.

Este recorrido mental de la razón autónoma es efecto de una reducción del hombre a su pensamiento, y a su vez del pensamiento a su forma lógica. Una vez despojado el pensar humano de su humanidad, no sorprende que las ideas políticas y sociales, fruto de ese pensamiento, se presenten con toda su contundencia dialéctica para ser aplicadas a una realidad a la que ya no se le reconocen rasgos propios. De ahí resulta inevitable que la realización de la revolución sea violenta, no solo contra los obstáculos que quiere -y quizás debe- derribar, sino contra los mismos seres humanos que pretende liberar, porque cada uno de ellos, en su particularidad, frena el devenir. La historia ya había empezado a mostrar en los procesos revolucionarios del siglo XX que la revolución nunca renuncia a su impulso, aun a costa de destruir a sus realizadores. Lo meramente racional se auto justifica y no encuentra en su devenir ninguna desmentida digna de su atención, porque la atención implica siempre la salida de sí hacia lo otro, pero donde ya no se reconoce lo otro sino bajo la forma de obstáculo, la única respuesta es la violencia.

Camus ve con claridad este fenómeno, tanto en procesos revolucionarias del pasado, como en la revolución bolchevique, pero su crítica robusta y bien fundada justo se presenta en un momento en que la filosofía marxista se afirmaba como la única forma de salvación de la entera humanidad, una salvación que parecía tener una base científica inobjetable.

Pensadores de la talla de Jean- Paul Sartre, cuya fama e influencia aumentaban imparablemente en la posguerra, se dejaron subyugar por la profecía marxista, y querían ser parte de ese futuro de liberación y justicia. Para Albert Camus, que había sido amigo y colega de Sartre, la adhesión al marxismo de éste, significó la ruptura definitiva de la relación, y esta ruptura hasta tuvo su epitafio en los comentarios críticos al libro de Camus *“El hombre rebelde”* (1951), aparecidos en *Les Temps Modernes*, bastante después de la publicación del libro (1952) en un artículo de Francis Jeanson. A partir de esa crítica, Camus y Sartre intercambiaron una serie de cartas, en algunas de las cuales Sartre define

---

<sup>12</sup> Albert Camus : Obras vol.III, *“El enigma “en: “El verano”, Madrid 1996, ed. Alianza, p.586.*

a Camus como *bourgeois naïf*, entre otros epítetos, lo que le merece una dura respuesta de Camus.<sup>13</sup>

Ni Jeanson ni Sartre se preocuparon de dar una respuesta precisa a los argumentos críticos de Camus; se limitaron, en cambio, a la descalificación del autor. Hoy, a la luz de un mayor conocimiento de los atroces hechos con los que se quiso fundar el primer país socialista en el mundo, y los otros que siguieron también, es más notorio el acierto de la denuncia contenida en "*L'Homme Révolté*", tanto más si se tiene en cuenta que el libro fue concebido en los años en que la revolución de inspiración marxista estaba en pleno ascenso. El modelo económico parecía encaminado a triunfar sobre el capitalismo, inclusive en el medio de la tremenda crisis de los '30, porque por aquel tiempo -como dice Arthur Koestler en "*Flecha en el azul*" (1973)- hasta la economía le sonreía.

Semejante hecho histórico, con supuesta base científica, parecía no merecer críticas, salvo de parte de quienes podrían perder con el triunfo de la revolución, es decir: los burgueses. De ahí el epíteto. Sin embargo, lo que ve con claridad Camus es que los movimientos revolucionarios que se arrojan el derecho de olvidarse del hombre no pueden de ninguna manera dar respuestas a sus necesidades y sus anhelos. La revolución devora a sus propios hijos, los priva de lo más sagrado que tiene el ser humano que es su libertad, y le quita la base del pensamiento libre, que es el contacto con la realidad.

No puede achacársele a Camus ninguna ceguera frente a la injusticia, como tampoco una vil preocupación por mantener privilegios: para él la persona concreta, que tiene una voz y una vida propia, vale la lucha, y en nombre de la justicia, la verdadera y concreta justicia, la única que permite fundar una convivencia humana digna, él se rebela frente al mal presente. Por eso, a diferencia del espíritu revolucionario que se justifica en el insoslayable devenir histórico, la rebelión es un compromiso ardiente "*en favor de la vida, nunca contra ella*".<sup>14</sup>

---

<sup>13</sup> "On trouve dans votre article (...) le silence ou la dérision à propos de toute tradition révolutionnaire qui ne soit pas marxiste. La Première Internationale et le mouvement bakouniniste, encore vivant parmi les masses de la CNT espagnole et française sont ignorés. Les révolutionnaires de 1905 dont l'expérience est au centre de mon livre sont totalement passés sous silence. Le syndicalisme révolutionnaire est raillé pendant que mes vrais arguments en sa faveur, appuyés sur ses conquêtes et sur l'évolution proprement réactionnaire du socialisme césarien, sont escamotés. Votre collaborateur écrit comme s'il ignorait que le marxisme n'inaugure pas plus la tradition révolutionnaire que l'idéologie allemande n'ouvre les temps de la philosophie. Alors que *L'homme révolté*, tout en exaltant la tradition révolutionnaire non marxiste, ne nie pas l'importance et les acquisitions du marxisme, votre article, curieusement, est développé comme s'il n'y avait jamais eu que la tradition marxiste (...). Seul, pour finir, le marxisme serait révolutionnaire, parce que seul, aujourd'hui, dans le mouvement révolutionnaire, il dispose d'une armée et d'une police". Albert Camus: *Actuelles II (Chroniques 1948-1953)* (1953) en *Obras vol.III*, Madrid 1996, ed. Alianza, p.422..

<sup>14</sup> Albert Camus: "*El hombre rebelde*", Buenos Aires 2003 (1951), ed. Losada, p. 349.

La rebelión no surge como efecto de un fatal arrastre del movimiento de la historia, en el que no seríamos nunca verdaderos protagonistas sino material a plasmar. La rebelión es, en cambio, la lúcida posición del que busca incesantemente la verdad, en un camino de lucha contra los errores que impiden a los hombres una vida humana.

En los últimos capítulos de “El hombre rebelde” Camus apela de nuevo al concepto de ‘pensamiento del mediodía’ para apuntalar su tesis de que el espíritu genuinamente revolucionario necesita el contrapeso de la realidad, pues “*este espíritu que mide la vida, es el mismo que anima la larga tradición que se puede llamar pensamiento solar y en el que, desde los griegos, la naturaleza se ha equilibrado siempre con el devenir.*”<sup>15</sup>

A la luz de esta concepción de necesario equilibrio entre naturaleza y devenir, se entiende su afirmación de que los desencuentros en el seno de la Primera Internacional no han sido otra cosa que “*la historia de las luchas entre la ideología alemana y el espíritu mediterráneo*”<sup>16</sup>, la lucha de una sociedad absolutista contra una sociedad concreta. En el fondo, todas las antinomias que genera esta oposición se resumen para él en la larga confrontación entre la medida y la desmesura.

De nuevo, la luz del Mediterráneo viene en ayuda del hombre contra el absolutismo histórico, que a pesar de sus conquistas “*nunca ha dejado de tropezar con una exigencia invencible de la naturaleza humana cuyo secreto guarda el Mediterráneo, donde la inteligencia es hermana de la dura luz.*”<sup>17</sup> Esa luz es la que no permite olvidar por qué uno se rebela, contra qué y en favor de quiénes. No es posible construir un mundo más justo sin reglas, sin *un derecho natural y civil* - para usar las mismas palabras de Camus- que le dé fundamento. Tampoco se puede pensar en luchar contra la injusticia sin usar la fuerza, pero lo que cambia todo es que no se justifica usarla contra la libertad presente, contra los hombres del presente, aplastándolos, masificándolos y privándolos de lo que hace humana la vida. Para Camus el exceso de seguridad en el resultado de la revolución se traduce demasiado frecuentemente en sacrificar a los demás.

Pero el hombre que es capaz de decirles ‘no’ a las injusticias, también es el que le dice ‘sí’ a la vida y a la solidaridad con los demás. Y es el que reconoce que hay otras necesidades, entre ellas también la necesidad de belleza y de verdad.

### **5- La eficacia de la savia**

Camus contrapone dos clases de eficacia: “*la del tifón y la de la savia*”<sup>18</sup>, cada una depende del valor que se le da a la vida de las personas. El tifón arrasa con todo y con todos, cambia radicalmente la realidad, y en cierto modo la desconfigura, tanto que después habrá que reconstituir, pieza por pieza, las instituciones, las relaciones, las identidades. Esto último no es un simple razonamiento, sino que, lamentablemente, es el relato de lo que pasó en una gran porción del mundo después del tifón revolucionario. En otras partes, en cambio, estamos todavía en la fase del tifón, con todo el corolario de pérdida: libertad, confianza, credibilidad.

---

<sup>15</sup> Albert Camus: “*El hombre rebelde*”, Buenos Aires 2003 (1951), ed. Losada, p. 350.

<sup>16</sup> Albert Camus: “*El hombre rebelde*”, Buenos Aires 2003 (1951), ed. Losada, p. 348.

<sup>17</sup> Albert Camus: “*El hombre rebelde*”, Buenos Aires 2003 (1951), ed. Losada, p. 351.

<sup>18</sup> Albert Camus: “*El hombre rebelde*”, Buenos Aires 2003 (1951), ed. Losada, p. 351



La eficacia de la savia va de abajo hacia arriba, nutriendo, haciendo crecer, florecer y fructificar lo que es fértil y está vivo. Cambia lo que debe cambiarse, sobre la base de una naturaleza que le da cauce. Es el cambio por amor a la vida, por amor a los hombres, un cambio que podría inclusive justificar, por ese amor a los hombres, el sacrificio de sí.

Esto claramente lo había entendido Rieux, así como había entendido que había una naturaleza humana, y que había una posibilidad de honradez, si se tomaba deliberadamente, en una forma testimonial de rebelión, el partido de las víctimas, haciendo suyas las angustias de sus conciudadanos, sobre la base de *“las únicas certidumbres que pueden tener en común y que son el amor, el sufrimiento y el exilio”*<sup>19</sup>.

De nuevo, la mención del exilio, junto al sufrimiento y al amor, nos recuerda la condición humana que, a la vez, como una savia, nos impulsa a luchar por lo que amamos, y a buscar el añorado lugar de pertenencia, lo que reconocemos como patria.

La savia procede de la verdad, descubre la realidad creadora y nunca traiciona su origen; no confunde la eficacia con el poder, por eso no impide la búsqueda y no rechaza el límite, que es la misma naturaleza humana, la única medida de la auténtica rebelión.

Para Camus la verdad no es un concepto abstracto, o un razonamiento que se opone a otro razonamiento, porque si fuera así, no habría salida. La verdad que le devuelve la medida al pensar es en cambio una experiencia corpóreo-espiritual, es decir plenamente humana:

*“Dentro de un momento, cuando me arroje a los ajenjos para hacerme entrar su perfume en el cuerpo, tendré conciencia, contra todos los prejuicios, de realizar una verdad que es la del sol y será también la de mi muerte. En cierto sentido, lo que aquí juego es mi vida, un sabor a piedra ardiente, llena de los suspiros del mar y las cigarras que comienzan a cantar ahora. La brisa es fresca y es azul el cielo. Amo esta vida con abandono y quiero hablar de ella libremente: pues me da el orgullo de mi condición humana.”*<sup>20</sup>

A pesar de la fuerza embriagadora que se irradia de esta realidad ardiente, estamos muy lejos de la pretensión de dominio sobre uno mismo y sobre los demás o de la total autonomía. Esa verdad, percibida antes con los sentidos que con la razón, es también una forma de comunión con cuanto existe, en su esplendor, pero también en su fragilidad. El llamado a la vida que emana de esta naturaleza palpitante es al mismo tiempo un recordatorio del destino de muerte que nos une a los demás. Es por lo tanto el camino por el cual experimentamos una cercanía conmovedora, casi un pacto de fraternidad, con los demás seres humanos, de los cuales- parafraseando a Terencio- ninguna dolencia nos es ajena. Parecería, entonces, que la luz meridiana que le devuelve los límites a la realidad es también la que permite el encuentro concreto entre las personas. No se trata de una abstracta humanidad, sino de hombres y mujeres reales, con sus bellezas y sus defectos, de los que aprendemos a reconocer los rostros y las miradas, experimentando siempre el carácter sagrado de la vida humana. La pureza, para Camus, es la aceptación de la común pertenencia a este mundo, a esta tierra:

---

<sup>19</sup> Albert Camus : *“La peste”*, Buenos Aires 1985, (1947), ed. Seix Barral, p.229.

<sup>20</sup> Albert Camus: *Bodas en Tipasa*, p.3 en

[http://www.inicia.es/de/diego\\_reina/contempo/jpsartre/camus\\_bodas.htm](http://www.inicia.es/de/diego_reina/contempo/jpsartre/camus_bodas.htm)

*“No siempre es fácil ser un hombre, mucho menos un hombre puro. Pero ser puro es encontrar de nuevo esa patria del alma en que se hace sensible el parentesco del mundo, en que los latidos de la sangre se unen a las pulsaciones violentas del sol de las dos de la tarde.”*<sup>21</sup>

---

<sup>21</sup> Albert Camus: *Verano en Argel* p.10 , en:  
[http://www.inicia.es/de/diego\\_reina/contempo/ipsartre/camus\\_bodas.htm](http://www.inicia.es/de/diego_reina/contempo/ipsartre/camus_bodas.htm)